

TRACY BANGHART

IRON FLOWERS

2. DE LA FURIA A LA VICTORIA

Nada puede
parar el valor de
dos hermanas



CROSS
BOOKS

TRACY BANGHART

IRON FLOWERS

2. DE LA FURIA A LA VICTORIA

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Queen of Ruin*
© del texto: Alloy Entertainment y Tracy Banghart, 2019
© de la traducción: Isabel Murillo, 2019
© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2019
ISBN: 978-84-08-21549-3
Depósito legal: B. 17.085-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*



alloyentertainment

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

SERINA

La costilla fracturada de Serina Tessaro le abrasaba un poco más cada vez que respiraba. El corte a medio cicatrizar que tenía en el brazo le ardía, la herida de bala del hombro dolía a más no poder, y los moratones provocados por el castigo de los puños del comandante Ricci reclamaban a gritos su atención. Encontrar un lugar de su cuerpo donde el dolor, hambriento e intenso, no anhelara apoderarse de ella era tarea complicada.

Pero lo que le causaba más agonía era el recuerdo del pequeño cuerpo sin vida de Jacana, de la mirada ciega de Oráculo, de la ingente cantidad de mujeres valientes que habían muerto.

Tendría que haber sabido que aquí, en Monte Ruina, sobrevivir significaba sufrir.

Desde el instante en el que pisó la isla, condenada por leer —un crimen cometido por su hermana, no por ella—, había vivido rodeada de dolor. El de los grilletes, el del llanto de sus compañeras de prisión. El dolor de ser desnudada y examinada por el comandante Ricci. Y luego, la agonía de las peleas, de ver a mujeres matándose entre ellas para poder acceder a las raciones. De presenciar la muerte de su amiga Petrel. Cuando le había llegado el turno de luchar, Serina había sido incapaz de hacerlo. Se había rendido por no matar a Anika, una chica del Hotel Desgracia. Y había pagado tam-

bién con dolor su decisión. Con el destierro, con ataques y, luego, la pasada noche, con la venganza del comandante Ricci. Este la había capturado, la había obligado a salir al escenario y le había dicho que eligiera con qué mujer quería luchar. Cuando Serina, negándose a pelear con sus compañeras, lo había invitado a él a convertirse en su adversario, había dado por sentado que su decisión le acarrearía la muerte.

Lo que no se esperaba era una rebelión.

Pero Raja y el equipo del Hotel Desgracia habían atacado a los carceleros; Oráculo y Ámbar habían saltado sobre el comandante Ricci; y Serina, a diferencia de muchas otras, había sobrevivido para ver nacer un nuevo día.

Cada respiración, por dolorosa que fuera, era un regalo, concedido por Oráculo, por Raja y por todas las mujeres que habían elegido luchar contra los carceleros antes que hacerlo entre ellas. Serina se juró para sus adentros, mientras ayudaba a limpiar la sangre del suelo del anfiteatro, que no permitiría que la muerte de todas aquellas mujeres hubiera sido en vano. Y que tampoco decepcionaría a las que habían sobrevivido.

Mientras Serina y las demás trabajaban para borrar las huellas de la carnicería de la noche anterior, el amanecer empezó a danzar sobre la isla como una Gracia vestida de dorado, perfilando las hojas y las ásperas rocas volcánicas con un encaje de filigrana de luz. Los cadáveres habían desaparecido: los de las mujeres asesinadas, entregados al resplandor rojizo del volcán; los de los carceleros, a las gélidas profundidades del mar. Y también se habían borrado los rastros de sangre.

Reprimiendo un gemido, Serina se incorporó con cuidado. El sol le calentaba la cara. Junto a ella, Acantilado cogió un cubo de agua ensangrentada. Su frente ancha, curtida por el sol, se llenó de arrugas por el esfuerzo de la concentración, o quizá por el cansancio. Aquella mujer, ya mayor, era la responsable de formar a las novatas del equipo de la Cueva y

había sido una de las primeras mujeres, junto con Oráculo, a las que Serina había conocido en la isla.

A la muchacha casi se le cortó la respiración al recordar con tanta claridad aquella noche, lo aterrada que estaba antes incluso de que empezara la pelea, antes incluso de comprender que las mujeres estaban a punto de matarse entre ellas. Al recordar lo sola que se había sentido y lo mucho que echaba de menos a su hermana.

Aunque aquello no había cambiado. Estar separada de Nomi le provocaba un dolor más intenso, y más profundo, que las costillas rotas y la herida de bala.

Acantilado cargó con el cubo hacia el otro lado del agrietado anfiteatro de piedra, hasta el lugar donde el viento agitaba la escasa hierba amarillenta de Monte Ruina. Otra mujer, agotada por el esfuerzo de la noche anterior, recogía los trapos que habían utilizado para fregar la piedra. Serina se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

«Nomi.»

Serina tenía que elaborar un plan. Su hermana, convertida en una de las tres Gracias del Heredero del Superior, estaba atrapada en Bellaqua. No hacía mucho tiempo, Serina deseaba tener justo lo que ahora tenía Nomi: una vida de lujos y de belleza del brazo del hombre más poderoso de Viridia. Pero para su hermana, aquello era una cárcel tan real como Monte Ruina. Y Serina estaba decidida a liberarla.

Anika y Val aparecieron en lo alto del anfiteatro con una carretilla oxidada cargada con grandes sacos de arpillera: las raciones que el comandante Ricci había acaparado. Cuando empezaron a empujar la recompensa por el pasillo, hacia donde se encontraba Serina, una fila de mujeres fue congregándose detrás de ellos, extendiéndose a lo largo de las franjas de roca volcánica que se había vertido sobre una parte de los bancos de piedra. Aparecieron entonces más prisioneras, desde la base del teatro, donde un puñado de ellas se había puesto a descansar, recostadas en la pared de la torre de vigi-

lancia. En total, Serina calculaba que quedarían aún unas ciento cincuenta mujeres vivas, docena arriba, docena abajo. La mayoría observaba con ojos hambrientos el contenido del carro.

Val y Anika se pararon al llegar al estrado, situado en el fondo del anfiteatro.

El cabello castaño e indisciplinado de Val se ensortijaba en todas direcciones, enmarcando su rostro bronceado. Tenía la mandíbula magullada, el cuello cubierto de manchas de suciedad. Serina le sonrió con nerviosismo. Él había tenido la oportunidad de escapar, de dejarla allí. Pero no lo había hecho. Se había quedado y las había ayudado. Cuando el chico se fijó en la expresión de ella, su cara se relajó y también sonrió.

—¿Cómo quieres que distribuyamos todas estas raciones? —preguntó Anika.

Los rayos del sol matutino otorgaban un brillo dorado a su piel oscura. Tenía uno de los ojos cerrado por la hinchazón, y de sus trenzas salían mechones sueltos, pero seguía exhibiendo la confianza y la actitud desafiante que había demostrado desde el momento en el que había llegado a la isla.

Serina había oído rumores de que las mujeres del Hotel Desgracia habían intentado apodarla Sombra, pero que ella se había negado a responder a cualquier nombre que no fuera Anika, argumentando que era lo único que su madre le había dado y que eso nadie podía robárselo.

Serina se había rendido ante Anika, no había querido matarla cuando le había tocado luchar contra ella. Y ese había sido el instante que había puesto todo aquello en marcha, el momento que había pintado una diana en la espalda de la joven. Si el comandante Ricci no hubiera intentado hacerla pelear de nuevo, tal vez el levantamiento no se hubiera llegado a producir.

—Será más fácil repartir la comida equitativamente si permanecemos todas juntas en un solo campamento —dijo

Serina—. ¿Crees que el Hotel Desgracia tendrá capacidad suficiente?

Habían montado ya una especie de enfermería en uno de los antiguos salones de baile de la primera planta.

Serina se sentiría feliz si no tuviera que volver a dormir ni una noche más en el túnel de lava que su equipo llamaba hogar. A Oráculo no parecían importarle los vientos sulfurosos que soplaban desde la caldera ni lo cerca que estaba situado aquello de la parte viva del volcán, pero ella siempre había tenido la sensación de que la roca la presionaba y era incapaz de dejar de pensar en la lava en movimiento que debía de haber excavado aquel agujero... y que podía volver a derramarse sobre ellas en cualquier momento.

Anika miró a las demás mujeres de su equipo. En las horas posteriores a la lucha, después de que su líder, Raja, muriera, Anika había tomado el mando y había dado órdenes mientras ayudaba a Val a llevar hasta el recinto a los siete carceleros supervivientes.

Se volvió hacia Serina con un gesto de asentimiento.

—Tenemos espacio.

—Pero ¿cómo pretendes que nos fiemos de las del Hotel Desgracia? —preguntó alguien—. Nos matarán mientras dormimos.

Serina localizó el origen de la voz entre la multitud, una chica de poco más de veinte años, con una mata de cabello rubio y cara rubicunda, enjuta y de expresión airada.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Serina, tensando los músculos de las piernas para no balancearse de un lado a otro de lo agotada que estaba.

—Zorro —le espetó la chica—. Soy la líder del Campamento de la Selva ahora que Veneno ha muerto. —Lanzó una mirada furibunda a Anika—. Gracias a ella.

—Veneno acabó con la vida de muchas de nosotras —replicó otra voz.

El volumen de murmullos aumentó, insistente y rabioso como un nido de avispas.

—¡Silencio! —gritó Serina, levantando las manos—. Esa violencia era lo que nos exigía el comandante, ¿lo recordáis? Anika no mató a Veneno porque quisiera. Ninguna ha matado a una compañera por voluntad propia. No somos enemigas. Nos necesitamos. Solo sobreviviremos si trabajamos juntas, como hicimos anoche.

—Y ¿crees que vamos a sobrevivir? —dijo con una risotada Garra, una mujer bajita del Campamento de la Cueva—. Tenemos poca comida y no disponemos de medios para conseguir más. Todas moriremos.

Serina se cruzó de brazos, haciendo caso omiso de la punzada de dolor que le atravesó el pecho.

—No, por supuesto que no. La próxima barca de prisioneras tiene que llegar dentro de una semana, tal vez dos. Vendrá cargada de raciones. Podemos atacar a los guardias y quedarnos con la comida. Y podemos utilizar la barca para escapar...

Su voz se atenuó. ¿Adónde irían? Y ¿qué pasaría con Nomi?

Anika ladeó la cabeza.

—¿No tenían los carceleros sus propias barcas? ¿Por qué no las utilizamos? Podríamos largarnos ahora mismo, abandonar esta roca y volver con nuestras familias.

—¡Fue mi propia familia la que me envió aquí! —gritó alguien.

—No hay barcas. —Val levantó la voz por encima del barullo—. La isla también era un castigo para los carceleros. Incluso para el comandante Ricci. Todos contrariamos al Superior de alguna manera: siendo demasiado crueles, o no siéndolo lo suficiente. Él envía aquí a sus peores soldados. No nos permitían tener barcas, ni siquiera para una evacuación de urgencia. Las que llegan con prisioneras son nuestro único contacto con el mundo exterior.

Lanzó una mirada interrogadora a Serina.

Ella entendió lo que estaba preguntándole. Val tenía una barca, un secreto que llevaba años ocultando. Habían planeado utilizarla para huir juntos de allí, para regresar a Bellaqua e intentar rescatar a Nomi. Solo con que hiciera un leve gesto con la cabeza, él se mantendría callado. La embarcación seguiría siendo un secreto y la mejor oportunidad de Serina de reunirse de nuevo con su hermana.

Ayer, había estado dispuesta a marcharse, pero descubrió que no podía dejar abandonada a Jacana, que la había ayudado a buscar la manera de huir de la isla. Sin embargo, ahora su amiga estaba muerta. Serina no había podido salvarla. Ya no había nada que la retuviera allí, nada que le impidiera subir a la barca de Val e ir a liberar a su hermana.

Nada excepto las mujeres de Monte Ruina. Las muertas, como Jacana y Oráculo, a quienes había prometido vengar. Y las vivas, a quienes se había prometido intentar salvar.

Serina no podía huir a bordo de aquella barca secreta y abandonar allí a esas mujeres. Ni siquiera por Nomi. Liberaría a su hermana de las garras del Heredero, de la mirada fría y vigilante del Superior. Pero así no.

—Hay una barca en la isla —confesó, sin dejar de mirar a Val, que hizo un leve gesto de asentimiento y juntó las cejas, compartiendo su tristeza—. Pero es pequeña, solo para dos o tres personas. Aunque podría sernos de utilidad.

—Y ¿cómo sabes tú que existe esa barca? —preguntó Anika, entrecerrando los ojos.

—Es mía —dijo Val—. La tengo tan bien escondida que no ha habido ni carcelero ni prisionera que haya dado con ella. La traje a escondidas a la isla para rescatar a mi madre, que estaba aquí, pero... —Se le hizo un nudo en la garganta—. Pero cuando llegué, ella ya se había ido.

El recelo de Anika se apaciguó un poco. Se balanceó sobre los talones.

—Pero... no lo entiendo —dijo otra persona, una vocecilla, la de Theodora, a la que ahora todas llamaban Muñeca por su cuerpo alto y flexible y su cara tostada y con forma de óvalo perfecto. Había sido asignada a la Cueva al mismo tiempo que Serina—. ¿Qué vamos a hacer cuando llegue la barca de la cárcel? Has dicho que nos fugaríamos. ¿Adónde iremos?

Serina abrió la boca, pero no articuló ninguna palabra. No tenía respuesta.

Val subió al estrado, se colocó al lado de Serina y se volvió hacia la multitud de mujeres que llenaba el anfiteatro. Tosió para aclararse la garganta antes de tomar la palabra.

—Hay un país llamado Azura, al este de Viridia, cruzando el mar de Galatea —informó—. Mi padre era mercader y en una ocasión hizo negocios allí. Me explicó que las mujeres de Azura trabajan, tienen propiedades, que incluso gestionan su propio dinero. Que saben leer. La frontera con Azura está cerrada, salvo para las delegaciones que muy de vez en cuando invita el Superior, pero sé que no queda muy lejos. Y ellos no tienen inconveniente en que entremos en su territorio.

Val le había contado a Serina que su padre había visitado esa tierra. Era lo que le había inspirado a enseñar a leer a su esposa y, luego, a que ella transmitiera esa habilidad a las chicas que acudían en secreto a su casa con tal fin. Era lo que había desencadenado el asesinato de su padre y lo que había provocado que su madre acabara prisionera en Monte Ruina. Y también explicaba muchas cosas sobre Val.

—¿Quieres que vayamos allí? —preguntó Zorro, apartándose de la frente el cabello rubio platino—. ¿A santo de qué nos aceptarían?

Val se encogió de hombros.

—No tengo la total seguridad de que vayan a aceptarnos, pero será más seguro que quedarnos aquí o regresar a Viridia.

«Pero allí volveremos —se dijo Serina—. Cuando cojamos el barco, cuando estas mujeres estén sanas y salvas de

camino a Azura, cuando ya no me necesiten, tomaré la barca de Val y rescataré a Nomi.»

¿Y si Nomi no quería que la rescatase? Serina hizo un mohín. Existía también la posibilidad de que su hermana se hubiese acostumbrado a la vida en el *palazzo*, a que su papel como Gracia le pareciera menos abominable de lo que se imaginaba. Serina no lo creía. Cuando ella quería convertirse en Gracia, cuando le explicaba a Nomi que estaba voluntariamente dispuesta a serlo, Nomi decía que eso no contaba porque no le estaba permitido negarse.

Y tenía razón.

Daba igual lo lujosa que fuera ahora su vida. Serina le ofrecería la oportunidad de elegir. Y eso era precisamente lo que Nomi siempre había querido. La posibilidad de poder decidir su propio destino.

Y si moría por ello, Serina había entregado la vida por su hermana.

—Así que nos haremos con la barca de la cárcel —dijo Serina, alzando la voz por encima de los murmullos de escepticismo de la multitud—. Iremos a Azura. Y nos labraremos una nueva vida.

Anika destensó los hombros. Serina se percató de su reacción y se preguntó a qué venía el gesto de desilusión de la chica. Desplazó la mirada hacia las mujeres que llenaban el anfiteatro, algunas sentadas en los bancos de piedra, otras de pie sobre la ola congelada de roca volcánica que cubría la mitad del graderío semicircular: una multitud de mujeres con la cara demacrada, con moratones y los ojos hundidos. Serina vio hambre devolviéndole la mirada, y miedo. Aquellas mujeres llevaban años allí, habían sido testigos de innumerables peleas, habían visto morir a montones de mujeres.

—Lleváis mucho tiempo luchando —dijo Serina, con un nudo en la garganta—. Creer que esto se ha acabado de verdad tiene que ser realmente difícil. Tiene que ser muy com-

plicado imaginarse que la situación mejorará. Pero lo hará. Esta isla es nuestra durante los próximos diez días. Igual que nuestros nombres, igual que nuestras vidas. Nos lo hemos ganado. Nos hemos granjeado nuestra libertad. Pase lo que pase cuando llegemos a Azura, esto siempre será verdad. Ya no somos prisioneras.

La energía de la multitud se apaciguó. Vio destellos de esperanza entre el agotamiento, en el brillo de una sonrisa aquí y allá. Incluso las líderes de los demás equipos se animaron un poco. Rama tenía los brazos, duros como barras de acero, relajados a ambos costados. Entre el contingente de los Acantilados del Sur, vislumbró una fugaz sonrisa en la cara llena de cicatrices de Lllamarada, su líder. Pero Anika no era la única que aún parecía preocupada.

—Ya no somos prisioneras —repitió Serina, tanto para recordárselo a sí misma como al resto.

Incluso para ella, que llevaba semanas en la isla, no años, aquella verdad seguía pareciéndole un sueño. Se volvió hacia Anika.

—¿Podrías organizar los espacios para dormir y ayudar a distribuir la comida? Val y yo iremos a controlar a los carceleros.

Anika enderezó la espalda y asintió. Empujó la chirriante carretilla hacia el pasillo y empezó a dar instrucciones a los demás equipos: «Llevad a vuestras heridas al antiguo salón de baile. Si tenéis raciones o pertenencias en vuestros campamentos, id a buscarlas y traedlas aquí. No tenemos habitaciones suficientes, de modo que tendréis que compartirlas».

Cuando Serina se puso en marcha para seguirla, le flaquearon las piernas. Se detuvo un momento para recuperar el equilibrio. No podía permitirse desmayarse ahora.

—Ya me ocupo yo de controlar a los carceleros —se ofreció Val, cogiéndola por el brazo—. ¿Por qué no descansas un poco?

Serina negó con la cabeza y enfiló el empinado pasillo del anfiteatro, sin soltarse de él para mantener mejor el equilibrio.

—Luego.

Val no la contradijo, lo cual estaba bien, puesto que Serina tal vez no hubiera tenido la energía suficiente para mantenerse firme en su decisión. La verdad era que le daba miedo bajar el ritmo. No quería descansar. No quería parar. Si lo hacía, o, más bien, cuando lo hiciera, la imagen del cuerpecillo roto de Jacana le inundaría la mente.

Si se concedía tiempo para pensar, el remordimiento la asfixiaría.

Y Jacana no sería la única que empezaría a obsesionarla. Cada vez que hacía una pausa, cada instante en el que no permanecía concentrada en la siguiente tarea, veía la cabeza de Oráculo echándose bruscamente hacia atrás en el momento en el que la bala había impactado contra su frente. Sentía el peso del cuerpo de aquella mujer sobre los hombros durante el ascenso a la cumbre del volcán. Recordaba el cadáver ensangrentado de Raja extendido sobre los hombros a los que había matado.

—¿Serina? —la llamó Val.

—Estoy bien.

Se dio cuenta entonces de que estaba caminando apoyada completamente en él y se obligó a enderezarse.

Recorrieron lentamente el camino hacia el Hotel Desgracia, tan lentamente que cuando llegaron al mármol agrietado, Anika ya estaba gritando órdenes y repartiendo comida. Siguieron andando en dirección al recinto de la cárcel. El edificio era engañoso. Cuando llegó allí, Serina dio por sentado que la encerrarían en una celda pequeña, como una princesa en una lóbrega torre. Pero la población de mujeres enviadas a Monte Ruina había superado la capacidad del edificio mucho tiempo atrás. En la actualidad, los calabozos se utilizaban como almacén de armamento y

comida, además de ser las dependencias donde dormían los carceleros.

Los pocos hombres que habían sobrevivido al levantamiento habían sido encerrados en sus dormitorios, que recuperaron así su objetivo original. Una ironía que a Serina no se le había pasado por alto. Notaba contra el muslo el peso de las llaves de los calabozos. Hundió la mano en el bolsillo para rodear el frío metal.

—Les has contado lo de la barca —dijo Val en cuanto se hubieron alejado lo suficiente—. ¿Y Nomi?

—Iré a por ella, pero todavía no. Primero me aseguraré de que todas las demás estén sanas y salvas y rumbo hacia Azura. —Se rascó la nuca y localizó el punto que le dolía—. Anika tiene familia y está ansiosa por volver con ellos, creo. A lo mejor hay más casos como el suyo. Si vuelvo, no me parecería correcto hacerlo sola, mantener en secreto la única vía de escape.

Val dio un puntapié con la bota a una piedra del camino.

—Es pequeña, Serina. Anika podría venir con nosotros, pero no cabe nadie más.

—¿Nosotros?

Tropezó con una roca y estuvo a punto de caer al suelo. Val tiró de ella para atraerla hacia sí.

—Iré contigo. Cuando sea. Donde sea.

Serina notó que el corazón le daba un vuelco.

—Pero ¿no te necesitarán para navegar, para negociar cuando lleguen a Azura?

Quería que fuese con ella a buscar a Nomi, pero también que todas las mujeres de la isla estuvieran a salvo. Había imaginado que Val tendría que acompañarlas a Azura. Y luego, si podían, Nomi y ella se desplazarían también hasta allí.

—El comandante Ricci tenía mapas. Hay mujeres que provienen de familias de pescadores. Aunque no sepan leer un mapa, yo podría enseñarlas a interpretarlos. Seguro que serán capaces de manejar el barco. —Le acarició la espal-

da—. Y por lo que a la negociación se refiere, no necesitan a un hombre. Querrán defenderse solas.

Las emociones le cerraron la garganta a Serina, que apenas podía hablar.

—Sí, claro —dijo, con un hilo de voz—. Querrán defenderse solas.

Siguieron caminando en silencio un rato.

El recinto de la cárcel se levantaba por fin ante ellos, gris e imponente. Serina sentía aún el eco del terror que había experimentado al recorrer por primera vez el sendero irregular que subía desde el embarcadero hasta allí, al ver aquella monstruosidad con rejas de hierro cerniéndose sobre ella.

Su mirada se desplazó hacia el agua, azul y resplandeciente, extendiéndose hasta el horizonte. Solo podía ver un extremo del embarcadero, y más allá...

—Val.

Contuvo un grito y derrapó hasta detenerse en seco. El tobillo herido aulló de dolor. Se le revolvió el estómago.

No podía respirar.

Señaló, con mano temblorosa.

—Val, una barca.